

## DISCURSO DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO DE COSTA RICA, BERND H. NIEHAUS, EN OCASION DEL 48 PERIODO ORDINARIO DE SESIONES DE LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS

NEW YORK

Señoras y Señores:

**U**n nuevo período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas reúne al mundo en este recinto, en este templo de la universalidad. Conduce nuestros trabajos un distinguido hijo de Guyana, país como Costa Rica, de la región circuncaribe. A él, y al señor Secretario General, cuya dinámica labor en pro de la paz y la seguridad ha merecido ya unánime reconocimiento internacional, va dirigido en primer término el respetuoso saludo de la Delegación de Costa Rica. Hacemos extensivos nuestros sentimientos a todos los países que, mediante su representación en las Naciones Unidas, configuran una familia en la que no debe de faltar ningún pueblo del mundo.

Se inician estas jornadas cuando un sentimiento de esperanza y de entusiasmo anima los corazones de los hombres. Los acuerdos suscritos entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina nos han demostrado que la paz es posible, que para vivir en armonía no se requieren hechos portentosos, sino solo conciencia y voluntad. Sabemos que estos primeros entendimientos, si son respetados a cabalidad por ambas partes, podrán conducir a una nueva aurora no solo para Israel y Palestina, sino para todos los pueblos del Medio Oriente. Un nuevo despertar de paz y prosperidad, en el que se materialice la sublime enseñanza del Corán.

«En verdad, los Musulmanes, los Judíos, los Cristianos, los Sabeos, todos los que creen en Dios y en la Resurrección, que hacen buenas acciones y son justos, todos ellos participarán de la recompensa dada por

Dios; ninguno de ellos conocerá el temor ni el sufrimiento».

Pero mientras Israelíes y Palestinos se estrechan las manos y dan una prueba de sensatez, la tragedia de Bosnia-Herzegovina sigue llenando de vergüenza al mundo. Un estado miembro de las Naciones Unidas, que no ha hablado de limpiezas étnicas ni de intolerancias religiosas, trata de sobrevivir en medio del acoso más sangriento que ha contemplado Europa desde 1945, ante la pasividad y la indiferencia de las Naciones. Es indignante que la despiadada agresión que sufre Bosnia-Herzegovina no haya encontrado respuestas más decididas y eficaces en una Comunidad Internacional que se regocija por el fin de la Guerra Fría.

Señor Presidente:

Durante decenios y decenios se escucharon en este salón los ecos de esa Guerra Fría. La confrontación Este-Oeste era vista como el impedimento supremo para que los pueblos del mundo pudieran alcanzar en conjunto sus anhelos comunes de libertad, justicia y desarrollo. La división ideológica resquebrajada, se nos decía, los esfuerzos por hacer partícipe a toda la humanidad de los beneficios del desarrollo.

Hoy ya no hablamos de Guerra Fría, ni de conflicto de ideologías, ni de equilibrio de terror, y, sin embargo, la realidad de aquellos años sigue marcándonos como un hierro candente. La caída de unos muros se ha traducido en la duplicación de otros. Los pueblos de Asia, Africa y América Latina siguen siendo los olvidados, los marginados, los seres humanos de

segunda clase. La brecha tecnológica se ha convertido en un abismo, el progreso material se aleja cada vez más de nuestras tierras, y la cooperación disminuye a ojos vistas. El diálogo Norte-Sur se quedó, una vez más, reducido a ser un monólogo implacable o, en el mejor de los casos un ejercicio retórico al que la justicia y la equidad rara vez son invitadas. Y cuando se habla de nuevas iniciativas de cooperación, como las recientemente anunciadas para el pueblo palestino, no se piensa en acrecentar globalmente los montos sino en recortar recursos de otros programas. Desvestir un santo para vestir otro, según una vieja y gráfica expresión castellana.

¿Qué es la nueva paz para los pueblos del Tercer Mundo? ¿La seguridad de que sus hijos no serán muertos a tiros, pero que seguirán muriendo de hambre, de enfermedades endémicas? ¿El convencimiento de que ya no tendrán que ir a la guerra, pero que seguirán sin ir a la escuela, sin tener una vivienda digna, ni un trabajo decente, ni asistencia médica adecuada?

A veces se ironiza sobre el optimismo de la diplomacia de los años veinte, con sus pactos de renuncia a la guerra y su ingenua fe en que la Liga de las Naciones remediaría cualquier dificultad. Todos sabemos cómo terminaron ese optimismo y esa Liga, pero parece que no aprendemos la lección, señor Presidente, señoras y señores, si la Comunidad Internacional de los noventa no traduce el fin de la Guerra Fría en un esfuerzo verdadero para que el mundo sea uno, para que no haya países de primera y países de segunda, muy pronto tendremos entre nosotros realidades aún más trágicas que las ya vividas.

Señor Presidente:

La situación actual es especialmente crítica para países como los de Centro América y el Caribe, que por sus dimensiones territoriales y democráticas y la debilidad de sus economías tienen escasa significación para el mundo desarrollado. Y si los pequeños países periféricos tratamos de aunar esfuerzos, pronto topamos con las infranqueables puertas de los Organismos Financieros Internacionales, de los grandes bloques económicos de las empresas Transnacionales, que incluso procuran hacer surgir recelos y enfrentamientos entre nosotros.

No pedimos que se nos regale nada. Las limosnas no forman parte de una política internacional realista y de amplio espectro. Lo que requieren nuestros países es mayor comprensión para nuestras realidades, mayor apertura para nuestros productos, más sincero y efectivo respaldo a nuestra voluntad de vivir en paz y en democracia. Lo que necesitan los países subdesarrollados es un cambio de actitud que parta de

la identidad inalienable del género humano, un cambio en esa impavidez asombrosa con que el mundo desarrollado contempla las tragedias del nuestro.

El caso de Centro América ilustra con meridiana claridad hacia dónde nos está conduciendo esa indiferencia general en un prolongado y difícil esfuerzo, respaldado por múltiples manifestaciones de la Comunidad Internacional, los pueblos de la América Central dejaron atrás años de sangrienta convulsión, decidieron emprender con entusiasmo una nueva vida, cimentada en la paz, en la democracia y en la libertad pero esa jubilosa Centro América renacida para sus hijos ha contemplado como se le cierran las puertas una tras otra. Quienes se interesaban por la Centro América de la sangre y trincheras no quieren saber nada de la Centro América de los pobres, de la Centro América que clama por cooperación, por desarrollo, por comprensión para sus dramas sociales y económicos.

Las cifras a veces nos engañan, se dice, por ejemplo, que Nicaragua recibe 500 millones de dólares en ayuda externa. Eso suena muy bien, lo que se deja de lado es que 450 de esos 500 millones se van por donde vinieron, en el servicio de la deuda externa. Mientras tanto, afloran en ese país hermano cada vez más inquietantes brotes de violencia, reflejo de su angustiante situación social y económica.

Ya hubo en Guatemala un intento de autogolpe de Estado, cuyo fracaso no se tradujo en mayor respaldo externo para la consolidación de la democracia guatemalteca y su proyección a los sectores más necesitados.

No sabemos en cuál país centroamericano detonará la próxima crisis, pero puede no tardar en producirse. Lo lamentable es que aquellos que tanto hablaron y tanto dijeron de la democracia y la libertad, de la paz y del desarrollo de Centro América, hoy brillan por su ausencia. Mi delegación se pregunta ¿dónde quedaron, los respaldos, las promesas, los dorados ofrecimientos, la copiosa palabrería de hace unos pocos años?

Tenemos, por ejemplo, el caso del banano. A lo largo de la sangrienta crisis de Centro América, la Europa comunitaria nos expresó una y otra vez su respaldo a una solución pacífica y negociada. Apoyó con calor las iniciativas para transformar a Centro América en una tierra de libertad y de democracia, para alejar de nuestros países los intereses estratégicos de los grandes bloques hegemónicos. Ahora que ello se ha conseguido, esa misma Europa pone fuertes barreras al ingreso del banano centroamericano a sus mercados, sin parar mientras en los miles de modestas familias que dependen de esa actividad. Otras democracias latinoamericanas están enfrentando la misma actitud y como si fuera poco, se quiere

provocar un conflicto entre los países bananeros del Caribe y los de América Latina, argumentando que el producto de unos no puede compartir ese mercado con el de los otros.

Mientras la democracia intenta echar raíces en la América Central, se restringen los mercados para los productos centroamericanos, se disminuyen o se cancelan los programas de cooperación, se adoptan actitudes de inexplicable dureza en las negociaciones comerciales y financieras y hasta en las relaciones diplomáticas, se trata a la Centro América de la paz y la libertad como nunca se trató a la Centro América de la violencia, a la Centro América peón del ajedrez de las superpotencias. Mi país, que no ha sufrido desde hace muchos decenios los calvarios de la dictadura y la guerra civil, que ha mantenido incólume su tradición de respeto efectivo por los Derechos Humanos, ha tenido que enfrentar las mismas actitudes de indiferencia, inconsciencia y prepotencia.

Por ejemplo, mi país ha sido demandado en otro y se le ha amenazado con excluirlo de beneficios comerciales fundamentales para la economía costarricense, con el argumento de que no se garantizan a los trabajadores derechos internacionalmente reconocidos. Aparte de que esos derechos existen en nuestra legislación desde hace más de cincuenta años y en algunos aspectos con mayor amplitud que en países altamente desarrollados, nos parece preocupante que se dirima este tipo de cuestiones litigando en estrados administrativos o judiciales y no por la vía diplomática, como debería ser entre naciones amigas.

Señor Presidente:

A pesar de los avances en el proceso regional de paz, gran parte de las causas que dieron origen a la crisis centroamericana aún persisten. Los progresos obtenidos solo constituyen el punto de partida para enfrentar las causas subyacentes del conflicto, que amenazan con revertir los logros alcanzados.

La paz y el desarrollo se afianzarán en la medida que se logre un compromiso amplio y participativo, que involucre tanto a los gobiernos como a los sectores organizados de la sociedad civil. Estos procesos están en curso en varios de los países centroamericanos con la plena participación de la sociedad civil, se busca la realización de un proyecto nacional basado en el consenso. Estos procesos se corresponden tanto con objetivos nacionales como son la meta de convertir a Centroamérica en una región de paz, libertad, democracia y desarrollo.

Es un hecho que las dificultades de un país centroame-

ricano son las dificultades de todos los países de la región. Por ello se requiere de acciones solidarias que permitan -bajo una dimensión regional- el fortalecimiento de los procesos internos, con pleno respeto a las particularidades de cada país.

Una Centroamérica donde prevalezca la paz, la libertad, la democracia y el desarrollo, requiere del consenso nacional y regional sobre temas fundamentales como lo son la vigencia del Estado de Derecho, el fortalecimiento de la institucionalidad democrática, el desarrollo de una cultura política democrática, la promoción y vigencia de los derechos humanos, la descentralización económica y política, la toma de decisiones a nivel local, la modernización de la producción, la garantía de igualdad de oportunidades, la ampliación de los espacios de participación económica, el desarrollo social y la preservación del patrimonio de la sociedad del futuro.

El concurso y compromiso de los centroamericanos en la realización de esta nueva Centroamérica es ineludible, pero la participación de la Comunidad Internacional es indispensable para concretar los compromisos que la región asuma, en su transición hacia la paz, la libertad, la democracia y el desarrollo.

El reto del afianzamiento de la paz, hace necesario privilegiar las áreas geográficas más afectadas por la pobreza. Ello conlleva potencias más aún la participación de la sociedad mediante la profundización de los procesos de descentralización bajo una concepción de desarrollo humano a nivel local, que se articule con políticas macroeconómicas realistas, permitiendo motivar la inversión productiva interna y externa.

Es fundamental, señoras y señores, que el mundo desarrollado comprenda la urgencia de cambiar de actitud si un país subdesarrollado progresa y produce, el resultado es el que compra más y crea, en el llamado norte, más puestos de trabajo. Si un país subdesarrollado puede ofrecer horizontes a sus hijos, menos se verán estos en la necesidad de buscarlos en los países del norte.

El mundo es uno. Las preocupaciones compartidas en torno a la paz o a la degradación ambiental así nos lo demuestran. ¿Por qué no aceptar, también, que la humanidad es una, y que todos sus integrantes tienen derecho al desarrollo y a la libertad?

Señor Presidente:

En la presente coyuntura, se torna más decisivo que nunca el papel de las organizaciones internacionales y regionales, como propulsoras y garantes de la paz, como abanderadas de la armonía y la cooperación entre los Estados.

Durante largos años hubo lamentos sobre los problemas en que los conflictos ideológicos sumían a las Naciones Unidas y que impedían a la organización actuar con dinamismo y efectividad. Hoy hemos dejado atrás esas horas sombrías y sin duda ya han habido importantes muestras de que esta y otras organizaciones internacionales pueden y deben dar muchos aportes valiosos y decisivos a la Comunidad Internacional en su conjunto. Precisamente por ello estamos ante un momento clave para el replanteamiento y transformación de las Naciones Unidas y las organizaciones regionales en motores vitales para que una vida de paz, libertad y desarrollo ilumine a todos los pueblos de la tierra.

Hace más de un año, el Señor Secretario General ha planteado una serie de importantes ideas para la reestructuración de las Naciones Unidas. Mi país ha expresado su respaldo a estos certeros planteamientos, pero además estima que las circunstancias actuales son especialmente importantes para que meditemos profundamente sobre la conveniencia de acentuar el énfasis que deben tener las organizaciones internacionales como constructoras de un mundo en paz.

Mi Delegación aplaude los esfuerzos desplegados por las Naciones Unidas en situaciones como las de Haití y Somalia. La defensa de la paz y la seguridad en el mundo siguen siendo una responsabilidad fundamental. Por ello apoyamos todos los esfuerzos realizados en el campo del desarme y el control de países que objetan controles dirigidos a la no proliferación de armas nucleares. Pero, a la vez, Costa Rica considera que es fundamental que los Estados Miembros de las Naciones Unidas no pierdan de vista el papel que le corresponde a esta organización en la tarea de hacer fecunda la paz. En la tarea sublime, en palabras de Almílcar Cabral, de la dignificación progresiva, del engrandecimiento infinito del hombre.

Vivimos de divisiones durante casi medio siglo, afanándonos por las ideologías, preocupándonos por las hegemonías. Podemos haber superado en gran medida esos años estériles,

pero ¡Hay tanto por hacer! tenemos ante nosotros odios de todo género, un planeta contaminado, desastres naturales, analfabetismo, pueblos que sufren hambre y enfermedad... Pero, si el Sistema Internacional, logró evitar que la Guerra Fría desembocase en catástrofe militar, también debe ser capaz de disipar estas otras catástrofes que afligen a la humanidad. Si no queremos que resurjan las alianzas militares e ideológicas de aquellos tiempos, hemos de sustituirlas cuanto antes por una solidaridad que no sepa de intereses económicos. Mi delegación cree firmemente que de esta organización puede y debe salir, prioritariamente, la transformación cualitativa que requiere la Comunidad Internacional: la conformación de una gran familia sin Este ni Oeste, sin Norte, ni Sur. Los hermanos no saben de puntos cardinales.

Señor Presidente, Señoras y Señores:

En su libro *Things Fall Apart*, Chinua Achebe, nos cuenta de un pueblo de Nigeria donde hubo una pobre cosecha. Infundiendo ánimo a un joven, su padre le dice:

«No desesperes, sé que no desesperarás. Tienes un corazón valeroso y digno. Un corazón digno puede sobrevivir a un grave problema, porque el problema no agujonea su dignidad. Pero es más difícil y más amargo cuando se intenta enfrentar el problema solo».

Pero no estaremos solos, ni nos vencerá la desesperanza, si comprendemos que nuestros problemas y nuestros destinos son comunes, que ya no hay problemas ajenos ni destinos ajenos. Aquí, en las Naciones Unidas, están representados casi todos los pueblos de la tierra, y es de esperar que en breve no habrá ya excepciones. Trabajando unidos, con voluntad sincera y con espíritu de conjunto, ¿Qué nos impedirá transformar nuestro mundo en campo fértil y en morada común para todos los seres humanos?

Muchas gracias.